

CORAZÓN VARONIL

DESPUÉS de la batalla de Muhlberg, el año 1547, los ejércitos del emperador Carlos V, necesitaron cruzar las tierras de Thuringia, donde gobernaba la condesa Catalina de Schwartzburgo, quien para asegurar la tranquilidad de sus vasallos, alcanzó del emperador promesa formal de que aquellos serían respetados en sus vidas y haciendas, a cambio de no gravar con sobreprecio alguno las provisiones que las huestes de Carlos necesitaran.

A fin de que el paso de la soldadesca por las poblaciones, no pudiera ser motivo de tentación al saqueo y al pillaje, la condesa mandó destruir los puentes cercanos a aquellos, y construir otros en parajes lejanos de ciudades y aldeas.

Además, Catalina invitó a todos sus súbditos a guardar en la fortaleza que a ella le servía de morada, todos los efectos de valor que aquellos poseyeran, para librarlos así de la codicia de las tropas.

Un día llegó a la puerta del castillo de la condesa, el príncipe Enrique de Brunswick, generalísimo de las legiones imperiales, acompañado de otros altos jefes a sus órdenes y sin solicitar el natural permiso de la condesa, invitóse a sí mismo y a sus acompañantes a comer en la señorial morada, cuya dueña, no obstante, hizo cuanto pudo por obsequiar a su intrusos y nada caballerosos huéspedes.

Apenas sentados éstos alrededor de la mesa, llegó a la puerta del castillo un mensajero, portador de malas nuevas, puesto que las tropas del emperador, olvidando la palabra empeñada por éste, cometían los mayores desmanes con los vasallos de Catalina.

Enterada la condesa, indignóse justamente sobremanera y llamando junto a sí a sus más leales servidores, dióles la orden de requerir las armas y de estar prontos a su llamada, tras de los cortinajes de la cámara donde almorzaban los huéspedes. La condesa, con ademán enérgico, exigió al príncipe la orden de que sus soldados cesaran en sus atropellos; pero Enrique, sin dar importancia a la indignación de Catalina, contestóle que no debía acongojarse tanto, porque eran costumbres corrientes de la guerra.

—Muy bien—replicó Catalina,—pero si a mis leales vasallos no se les restituye todo lo que es suyo, éste pavimiento se teñirá con la sangre de un príncipe.

Y a una señal de la condesa, abriéronse las puertas de la estancia, dando paso a un fuerte pelotón de servidores de la Condesa; y los huéspedes, que para comer habíanse despojado de las armas, viéronse rodeados de gente de guerra dispuesta a todo.

—Príncipe—añadió Catalina,—os juro que no saldréis vivos de aquí, mientras vuestros soldados no abandonen la comarca, y mis súbditos hayan recuperado todo cuanto vuestras tropas les hubieren arrebatado.

El príncipe Enrique y sus generales

no tuvieron más remedio que rendirse ante la entereza varonil de aquella mujer, que con tanta gallardía supo defender los derechos de sus súbditos. El príncipe Enrique hizo despachar correos a todas las divisiones de su ejército, ordenando poner término a las vergonzosas escenas de saqueo, y cuando las tropas imperiales abandonaron los dominios de la condesa, los huéspedes salieron del castillo en la más amplia libertad. La condesa recibió por este acto el sobrenombre de heroica, con que luego se la designó.

INFANTIL INTREPIDEZ

CORRÍA el año de 1798. Un buque francés «La Tribune», sorprendido por horrorosa tormenta, zozobró a la altura de Halifax (Nueva Escocia); y unos cuantos hombres de la tripulación lograron trepar a las jarcias, donde pasaron toda la noche, sin que la gente de la costa acudiera en su auxilio.

Al amanecer, los infelices marineros, casi extenuados por la tremenda lucha, resistían aún al embravecido oleaje, que impedía llegar cualquier socorro de tierra, porque los hombres más decididos no se atrevían a lanzarse contra las hirvientes olas para salvar las vidas de los infelices náufragos.

Cuando la angustia y la desesperación iban adueñándose del espíritu de los tripulantes del barco perdido, un mozalbete, un niño de trece años—cuyo nombre, por desgracia, no ha pasado a la historia—escribió una hermosa página de valor asombroso y de heroísmo sublime.

Este muchacho que había pasado horas enteras admirando la lucha tenaz de los náufragos con el mar y presenciando la indecisión de los hombres de tierra para lanzarse al salvamento, saltó sobre una débil barquilla y bogando con todas sus fuerzas, hizo rumbo hacia la desmantelada nave, a cuyo costado pudo llegar para recoger a dos de los desfallecidos tripulantes.

Depositado en tierra el botín de su bravura, lanzóse de nuevo sobre las olas, pero el ímpetu de éstas y la fuerza del viento, hicieron fracasar su nueva tentativa y el joven fué arrojado desfallecido sobre la arena de la playa. Los hombres de la costa, avergonzados por el ejemplo del bravo mozalbete, tripularon sus lanchas y tras penosos esfuerzos lograron llevar a tierra a todos los náufragos refugiados en la arboladura del buque.

El valiente esfuerzo del rapaz había dado el fruto apetecido.

EL VALOR DE UN JOVEN ROMANO

DETENIDA la marcha del ejército etrusco en el puente sobre el Tíber, que con tanto denuedo defendió el valiente Horacio, el rey Porsena, fracasado en su intento de tomar a Roma, acampó a orillas del mencionado río, en espera de momento oportuno para realizar sus planes.

Vivía entonces en la ciudad de los Césares un noble joven llamado Cayo Mucio, quien impresionado por el hambre y la miseria que asolaban a Roma, tramó secreto *complot* con otros jóvenes de su linaje, para librar a su patria del yugo de los invasores. Sin más armas que una daga, encaminóse al campamento del rey Porsena dispuesto a sacrificar su vida a cambio de la existencia del rey de los etruscos.

Mas al llegar a la plaza del campamento, donde Porsena acostumbraba a administrar justicia, vió cómo los soldados recibían sus sueldos de manos de un hombre que él tomó por el rey de los etruscos. Mucio, con la serenidad de un héroe, llegóse a él y hundió su cuchillo en el pecho del presunto monarca; pero el golpe cayó sobre el secretario de éste. Los soldados se apoderaron de Mucio, arrastrándole hasta donde estaba Porsena, quien, iracundo, ordenó fuera quemado si no confesaba al momento quiénes eran sus cómplices en el complot fraguado.

Mucio irguióse gallardamente, negándose a descubrir a sus camaradas, y, encarándose con Porsena, le dijo:

—Para que veas cuán poco me intimida el tormento, mira lo que es capaz de hacer un hombre antes que delatar a sus camaradas.

Y tendiendo su diestra sobre un brasero que cerca de allí ardía, la mantuvo en el fuego sin hacer el menor gesto de dolor.

El rey Porsena asombrado a vista de tanta fortaleza y admirando el patriotismo de Mucio, hízole poner en libertad, dejándole salir del campo etrusco.

—Eres un valiente,—díjole antes de partir,—puesto que te has mutilado para toda tu vida.

Mucio, conmovido por la clemente generosidad del monarca, declaró a Porsena que trescientos jóvenes romanos se habían juramentado para matarle, cabiéndole a él la suerte de poner el fallo en práctica.

El joven romano quedó libre, pero siempre llevó el nombre de « Es cévola » que quiere decir *zurdo*, porque su mano derecha quedó inutilizada para toda la vida.

EL DEPENDIENTE Y LOS HIJOS DEL ARMERO

TENÍA un armero de dependiente a un muchacho tan juicioso que en él depositaba entera su confianza.

Acaeció que un día debiendo el patrón ir, acompañado de su mujer, a un pueblo próximo, para hacer una visita de urgencia, encargó al dependiente del cuidado de la tienda y de sus cuatro niños.

Divertíanse éstos en la trastienda jugando, mientras el pequeño armero servía a los clientes. Todo iba bien, hasta que en un momento, después de haber despachado el dependiente a un parroquiano difícil de complacer notó que no se oían ya las alegres voces de los pequeños. Púsose a la escucha y tan sólo pudo oir un lejano murmullo.

Alarmado por lo que hubiera podido ser de los niños, y después de llamarlos repetidas veces, obtuvo una respuesta tal, que le hizo correr a la escalera que conducía a la bodega de la tienda.

Gritóles desde allí qué era lo que hacían. Los pequeñuelos le respondieron, batiendo las manecitas, que estaban jugando a tiendas y que como la bodega era obscura habían encendido una vela.

La diversión era, por cierto, inocente, mas cuando el joven se hizo cargo de las circunstancias, se horrorizó: la bodega hacía las veces de almacén de pólvora. En dos saltos bajó a la bodega el empleado y vió confirmados sus temores.

La pólvora servía de café y azúcar molido, que los niños encerraban en cucuruchos de papel, como habían visto hacer al tendero.

No era esto lo peor. Los niños habían puesto el cabo de una vela, que por allí encontraron, encima de un barril lleno de pólvora. De un momento a otro podía producirse una explosión. Para conjurar tal peligro, era necesaria, pues, gran presencia de ánimo y sangre fría.

—Ea, subid a ver si papá y mamá han venido. ¡Daos prisa!—les gritó nervioso el muchacho.

Había empleado el mejor medio, pues los pequeños amaban tiernamente a sus padres y eran muy obedientes.

De haber continuado trajinando en la supuesta venta de aquel terrible azúcar y peligroso café, hubiesen perecido de espantosa muerte, pues la llama de la candela empezaba a agonizar; mas, como eran dóciles, se levantaron, treparon torpemente por las escaleras y salieron a la calle.

Entre tanto, el valeroso dependiente, cubriendo la llama de la vela con sus manos, escuchó atentamente hasta que se apagaron las pisadas débiles de los niños. Después, cogiendo con extremo cuidado el derretido cabo de la bujía, que abrasaba sus dedos, subió lentamente escaleras arriba.

Su admirable arrojo y tranquilidad de ánimo habían evitado un terrible desastre.



UNA CARRERA EN BUSCA DEL BOTE SALVAVIDAS

UNA niña llamada Margarita, nacida y criada en un pueblo de pescadores en la costa escocesa, estaba durmiendo sola con su madre una noche de verano.

En las oscuras horas de la noche, se levantó una tempestad, en que las olas se hinchaban estrellándose horrísonas contra la playa. Las madres, las esposas y las hermanas de los pescadores se despertaron sobresaltadas al oir aquel ruido, porque sabían que era el mensajero del peligro que corrían los seres queridos, que se hallaban lejos en las barcas de pesca. Al romper el alba, estaban ellas en la playa buscando con su vista en el horizonte las velas de las barcas, y mientras aguardaban atribuladas y temerosas, vieron con espanto una barca que impelida por las olas, corría a estrellarse contra las agudas rocas para ser inevitablemente destruída.

Las mujeres, los niños y débiles ancianos, que formaban en la playa angustioso grupo, extendían sus brazos desesperadamente hacia los hombres de la barca. No había quedado bote salvavidas alguno y todos los hombres y muchachos fuertes se habían ido a pescar, y ¿quién de entre aquella gente hubiese echado al agua un bote con un mar semejante? No obstante, era desgarrador el cuadro que ofrecían los hombres pereciendo ante sus ojos.—¡Si lo supiesen por lo menos los hombres del bote salvavidas!—gritó una mujer. La pequeña Margarita que oyó esto, tuvo una idea luminosa. Preguntó con viveza si la barca podría aguantar mientras ella corría en busca del bote salvavidas que se hallaba a seis kilómetros a lo largo de la costa. Alguien dijo que no podría cruzar la corriente, pero Margarita ya había partido. Seis kilómetros se presentaban ante ella y aquel arroyo también embravecido y desbordado que rugía como una fiera; y lo peor de todo era que la precipitada corriente había arrastrado el puentecillo de tablas.

Margarita se metió en la corriente que casi la arrastraba; la pobre niña iba tiritando, casi transida del frío que le penetraba hasta los huesos. Reunió todas sus fuerzas y logró pasar al otro lado de la corriente avanzando palmo a palmo, hasta que estuvo fuera del arroyo.

Por fin su vacilante pie pisó la calle del pueblo y apenas gritó débilmente que había una barca delante las rocas, se desmayó. Pero había dado cima a su proeza. Tiernas manos femeninas la abrazaron y los tripulantes del bote sal-

vavidas pronto ocuparon sus sitios; echaron el bote al agua y volaron hacia el lugar del naufragio.

La hazaña de Margarita no fué en vano, porque el bote salvavidas llegó a tiempo, y salvó a los tripulantes de la barca que iban a estrellarse contra las rocas.

EL INTRÉPIDO HÉROE DE LAS MONTAÑAS

TODAS las naciones celebran el nombre de algún varón patriota que luchó por la libertad de su país natal, y así vemos que del mismo modo que Gales tiene a Llewellyin, España al Cid, Italia a Garibaldi, y la América del Sur a San Martín y Bolívar, el Cáucaso tiene a Schamyl, quien, por más de un cuarto de siglo, peleó por mantener su inculta tierra montañosa, libre de la acerada garra de Rusia. De niño era débil, pero desarrolló su fuerza física por medio de los juegos y ejercicios del campo, de suerte que creció muy robusto.



Schamyl no conocía el miedo, y sostenía con tal firmeza su palabra, que cuando vió que su reprensión no daba resultado para curar a su padre del vicio de la borrachera, le juró matarlo, si volvía a embriagarse, juramento que fué tan eficaz, que aquel hombre se abstuvo por completo de beber alcohol en todo el resto de su vida, pues sabía que Schamyl hubiera ejecutado su amenaza.

A los veintiseis años de edad, es decir, en 1824, empezó su larga lucha con los generales rusos mandados a someter la región. Había nacido para jefe y era animoso para el ataque, hábil como estratega e ingenioso en las retiradas. Se cuentan muchas anécdotas de sus arriesgadas huídas de los rusos. Una vez su reducida tropa fué copada por sus enemigos y como luchando no podían abrirse paso a través de las bayonetas, debían o morir de hambre o ser aniquilados, porque no conocían la palabra « rendición ». Schamyl, que era siempre el primero y más atrevido en el ataque, galopó solo pasando por las líneas del enemigo y llegó incólume a la fortaleza de sus montañas, según vemos en el grabado.

Fué el único que escapó con vida, y sus paisanos, mahometanos fanáticos, creyeron que el ángel San Gabriel le había prestado su especial protección.

En otra batalla Schamyl mató a tres rusos, pero fué a su vez atravesado por una bayoneta; sin embargo, quitó la vida a su adversario y escapó como por milagro, siendo entonces nombrado jefe y soberano del Cáucaso oriental por sus compatriotas, y no es de admirar que su pueblo le siguiese como a un profeta nacido para libertar a su país.

Una fortaleza en la montaña, que había sido conservada largo tiempo por Schamyl, cayó, al fin, en poder de las tropas rusas, y de nuevo fué el único que logró escapar, para lo cual se dice que se descolgó por una cuerda a lo largo de las enhiestas rocas hasta el río que pasaba por debajo, donde se embarcó en una almadía y huyó. Se mandaron muchos generales contra Schamyl, pero los

burló a todos, y una y otra vez reunió a sus paisanos bajo su bandera. Un general murió de vergüenza porque había sido vencido por tan reducida tropa de montañeses. Durante la guerra de Crimea, la atención de Rusia apartóse de él; pero, terminada aquélla, hizo nuevos esfuerzos para vencer a Schamyl y a sus valientes soldados; mas el fin era inevitable, pues los recursos de Rusia eran enormes comparados con los suyos. Nuestro héroe se refugió en una fortaleza pequeña sobre una colina en Daguestán y allí, cuando todos, a excepción de cuarenta y siete hombres suyos, habían sido muertos, comprendiendo que aunque escapase con vida no podría ya encontrar gente para continuar la lucha se rindió.

Schamyl no era un bandido inculto, sino un hombre rico, ilustrado, y de relevantes prendas de carácter, que gobernó con justicia y discreción; fué compasivo para con los prisioneros rusos y peleó largos y fatigosos años por amor de su patria.

SUBLIME EJEMPLO DE LEALTAD

ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN, llamado «el Bueno», encargado por el rey de la defensa de Tarifa, plaza sitiada por los moros que, a pesar de repetidos ataques no habían podido tomarla, fué sometido a durísima prueba. El infante Don Juan, que cometió la bajeza de unirse a los moros, concibió la idea de apoderarse del hijo de Guzmán.

Presentáronse los moros al pie de las murallas, precedidos de Don Juan que conducía al hijo del bravo capitán castellano. Hicieron a éste la proposición de que se rindiera y entregara la plaza, amenazándole con matar a su hijo si rehusaba. Guzmán el Bueno dijo que no se rendía, ni entregaba su gente, ni traicionaba a su rey; preguntó si realmente cometerían la crueldad, propia sólo de las fieras, de matar a su inocente hijo, y le dijeron que irremisiblemente lo harían así. Entonces Guzmán, echando mano al cinto sacó su propio puñal, y les dijo: «Todo lo sacrificaré por mi patria y por mi honor, que es también el de mi hijo; y si ha de morir él a manos de enemigos y bajo el puñal de villanos, matadlo al menos con el que no está manchado por el deshonor»; y diciendo así les tiró el puñal desde lo alto de las murallas.

FALLO JUSTICIERO

CERCA de la residencia favorita de Federico el Grande, existía un molino que interceptaba la vista del palacio del Emperador, afeando la perspectiva de los alrededores. Un día se procuró saber del molinero a qué precio cedería el solar, para derribar el edificio y deshacerse así de aquel estorbo. Pero el molinero se negó a venderlo, rotundamente, y entonces Federico el Grande mandó que se derribase el molino, sin otras formalidades que la imposición de su autoridad. El pobre molinero no hizo la menor resistencia y se contentó con encogerse de hombros, diciéndose: «El rey puede hacer todo lo que él quiera; pero hay leyes en Prusia y veremos a ver quien sale con la mejor parte». Y en efecto. Presentó una demanda ante el juzgado; se la aprobó plenamente, y los jueces, sin ceder en un ápice en su deber de principio de autoridad, condenaron al Emperador a reedificar el molino y a satisfacer además una crecida suma en compensación de daños y perjuicios. Federico, a pesar de su castigo, exclamó con complacencia al verse sentenciado: «Veo con satisfacción que hay leyes y jueces rectos en mi reino».